



CAPÍTULO PRIMERO.

SANTA TERESA Y AMÉRICA.

SIGLO de reforma y renovación para la Iglesia católica fué sin duda alguna el décimosexto; no de esa falsa reforma que en abierta rebelión proclamaban Lutero y Calvino con sus rivales y secuaces, sino de aquella verdadera y durable que, inspirada por el Espíritu Divino, dirigida y concretada por el concilio de Trento, encabezaron los papas y los obispos, animaron y sostuvieron admirablemente muchos santos, y propagaron los sacerdotes, misioneros, párrocos y predicadores, al través del mundo que acababa de ensancharse, si cabe decirlo, con el descubrimiento de América. Para esta obra magna y divina fué necesario que el celo apostólico, algún tanto aletargado en los siglos anteriores, se despertase y avivase, infundiendo nueva vida por todo el organismo de la Iglesia de Cristo. Así es que, sin temor de equivocarnos, podemos señalar como nota característica en todos los santos de aquella época, aun en los místicos, el celo más ardiente. ¿Quién no lo reconocerá, sobre todo, en la gran Reformadora del Carmelo, gloria no solamente de España y los países de lengua española, sino de la Iglesia y el mundo entero, en la ínclita Santa Teresa de Jesús?

Teresa, devorada por el fuego de la más pura caridad, no bien se hubo entregado, en cuerpo y alma, á su Esposo divino, y recibido de Él encargo de celar su honor, ardió en deseos vehementes de hacer algo por su causa. En el

silencio y retiro de su celda, contemplaba, como desde la altura á cuyo pie se extiende anchísimo panorama, el espectáculo de una gran parte del mundo sumida en las tinieblas del gentilismo, la cristiandad desgarrada por la herejía triunfante ya en el norte de Europa, combatiendo audaz en el reino de Francia, amagando á Italia y aun á la misma España. Engolfábase su alma en un mar de amargura al considerar lo mucho que su Dios era desconocido y ofendido. Pero, generosa y valiente como era, lejos de abatirse, cobraba nuevos bríos y nuevas fuerzas, sentíase con ánimo bastante para derramar hasta la última gota de su sangre y dar mil veces la vida, con tal de reconquistar el universo para su único Dueño y Señor. Mas ¿qué podía hacer ella, mujer débil y achacosa, pobre monja reclusa é impotente? Mucho, como después se vió, una vez que Dios la hubo escogido para sus obras.

Allí está el secreto móvil de la reforma de la orden del Carmen, emprendida con tanta fe, y continuada con tanto valor y constancia por la magnánima carmelita, que de este modo volvía á excitar en los países católicos, junto con el espíritu de oración, sacrificio y amor, el celo apostólico que á ella la inflamaba y consumía, lo mismo que á los más grandes santos sus contemporáneos, el glorioso Pontífice Pío V, y el modelo de obispos Carlos Borromeo, y su émulo americano Toribio, arzobispo de Lima, con Ignacio de Loyola y Francisco Javier, Felipe Neri y Camilo de Lelis, Pedro de Alcántara y Juan de la Cruz. Ella exigía que sus monjas se ocupasen principalmente en orar por la Iglesia, por la conservación y propagación de la fe católica, á fin de que por medio de sus continuas plegarias y penitencias ayudasen á los misioneros y combatiesen la herejía.

Oigamos á la misma Santa, que en lenguaje encantador nos revela estas intenciones suyas. Entre varios pasajes que

pudiéramos citar, bástenos el siguiente, en que adoctrina á sus hijas del primer monasterio de San José de Ávila, recordándoles su fundación.

«En este tiempo», dice, «vinieron á mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habían hecho estos Luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo ó fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, (y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos), determiné á hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por Él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza....»

«No me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto: querría no ver perder más cada día. ¡Oh hermanas mías en Cristo! ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí: éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen á encargar supliquemos á Dios, de pedir á su Majestad rentas y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen á Dios los repisasen todos ellos.... Estáse ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos

de gastar tiempo en cosas, que por ventura si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia....

«Tornando á lo principal para lo que el Señor nos juntó en esta casa, y por lo que yo mucho deseo seamos algo para que contentemos á su Majestad, digo que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan á atajar este fuego de estos herejes, y que va tan adelante, hame parecido es menester; como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el señor de ella apretado, se recoge á una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos á solas, que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste á que se rindan: á morir sí, mas no á quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir á Dios es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios; y á los capitanes de este castillo ó ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar. Y pues para lo uno ni lo otro no valem nada para ayudar á nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar á estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida, y trabajado para ayudar ahora á el Señor....

«Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y á los que no están muy dispuestos los disponga el Señor, que más hará uno perfecto, que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que como digo no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de

tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por Él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, adonde también pretendí se guardase esta Regla de nuestra Señora y Emperadora con la perfección que se comenzó. No os parezca inútil ser continua esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma: ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración; y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma, cuanto más el provecho de muchas, y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagáis caso de ellas, cuando intreviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros....

«Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos, no se empleasen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.»¹

Algún tiempo después de su primera fundación, tuvo ocasión la insigne Reformadora de sentir nuevos estímulos para trabajar por la gloria de Dios y salvación de las almas, especialmente de los indios infieles de América.

«Á los cuatro años, me parece era algo más», escribe en el libro de sus Fundaciones, «acertó á venirme á ver un fraile francisco llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos de el bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Éste venía de las Indias, poco había: comenzóme á contar de los muchos millares de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática, animando á la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí: fuíme á una ermita con hartas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Había gran envidia

¹ «Camino de perfección», c. 1 y 3.

á los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaece, que cuando en las vidas de los Santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen, y más ternura, y más envidia, que todos los martirios que padecen, por ser ésta inclinación que Dios me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer. Pues, andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oración, representóseme nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, á manera de quererme consolar, me dijo: 'Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.'¹

Suficientes serían estas palabras de Santa Teresa para comprender que muy á menudo debió ella de reportar su pensamiento, á través del océano, al continente americano, ó á las Indias, como entonces solía decirse. Por lo demás, las circunstancias todas de su época, de su nación, y aun de su familia, excitaban en ella este recuerdo y calentaban su fantasía. Había nacido veinte años apenas después de los portentosos viajes de Cristóbal Colón; vivía en un siglo que se empleó íntegramente en el descubrimiento y la conquista progresiva de América, y durante el cual la atención y el interés de Europa, sobre todo de España, estuvieron absorbidos por la novedad y prestigio, en parte real, en parte fabuloso, de aquellas tierras vírgenes que parecían como por encanto ir saliendo de las ondas del mar, con sus enormes cordilleras y caudalosos ríos, con sus veneros de oro y plata, sus plantas y animales desconocidos, sus numerosas tribus indígenas. Algo de lo que experimentaron los europeos del siglo XVI, nos lo puede dar á entender lo que sentimos nosotros, en el último tercio del pasado siglo, al conocer las maravillosas exploraciones y presenciar el repartimiento del África ecuatorial.

¹ Libro de las Fundaciones, c. I.

Mas, en aquel entonces la dificultad y tardanza de las comunicaciones, la falta casi absoluta de publicidad de las noticias, no permitían que la sociedad europea se diese luego cuenta exacta y completa de las nuevas comarcas descubiertas; de suerte que el velo que las cubriera por muchos siglos, iba describiéndose muy poco á poco, y permanecían envueltas en una especie de vaguedad misteriosa, como las tierras que desde el mar se descubren por entre la niebla que aun no disipa el sol.

Allá por los años de 1530 en Castilla se hablaba, pues, mucho de las nuevas conquistas con que se iban día por día acrecentando los dominios del emperador Don Carlos, en las islas y tierra firme de las Indias occidentales; y entonces cabalmente, en Ávila de los Caballeros, la caballerosa y entusiasta doncella Doña Teresa de Ahumada debía de escuchar con juvenil y ardiente curiosidad, aguzada por sus lecturas de libros de caballería, las prodigiosas hazañas de Hernán Cortés y Francisco Pizarro, sus compatriotas. Sus hermanos y otros muchos avileses, vecinos y coetáneos suyos, sintieron también el atractivo y hechizo que ejercía sobre la juventud española de esa época la fama de las nuevas conquistas; de modo que el deseo de correr aventuras, adquiriendo honores y riquezas, los arrancó del hogar paterno, los arrebató muy lejos de la patria, y precipitó en las colosales y sangrientas empresas de la conquista española. Al mismo tiempo, el celo por la salvación de las almas hizo volar á esas lejanas playas centenares de misioneros, principalmente de las órdenes religiosas, entre los cuales habían de descollar varones apostólicos de la talla de Francisco Solano, Luis Beltrán y Pedro Claver.

Cuando la joven Teresa, dando un adiós eterno á las vanidades del mundo, y separándose de su familia con pena tan grande que le parecía descoyuntársele los huesos,

como refiere en su Vida, entró en el monasterio de la Encarnación, ya sus hermanos mayores, Hernando y Rodrigo, habían partido para las Indias; y luego que estuvo de monja, los siguieron Lorenzo y Jerónimo, Antonio, Pedro y Agustín. En una palabra, todos sus hermanos de padre y madre cruzaron el mar y permanecieron en los países que hoy forman las repúblicas americanas, hasta su muerte ó hasta su regreso á España al cabo de largos años de ausencia. Que además de sus hermanos tuvo Teresa en aquellas regiones otros allegados y amigos suyos, es indudable: sólo haremos notar que, entre los religiosos venidos á América en aquel tiempo, algunos fueron de los más íntimamente relacionados con ella, tales como el mismo San Luis Beltrán, que consultado la aprobó y animó en sus propósitos de fundación, y su confesor el célebre dominico Fray García de Toledo, de la casa de Alba, á quien estando ausente llamaba «persona á quien yo echo harto menos para mis negocios».

Por aquí se verá fácilmente cuán natural era que la fervorosa carmelita pensase con mucha frecuencia en aquel nuevo mundo, donde á la sazón iba propagándose el Evangelio y lográndose la conversión de millares de infieles. Á la gracia que la impulsaba á orar por la salvación de tantas almas desconocidas, no sea que en ellas se perdiese el fruto de la sangre de Jesucristo, uníase suavemente el afecto fraternal, que siempre tuvo muy vivo, para hacerla pedir por sus hermanos, muertos ya dos en la demanda, y expuestos los otros á toda clase de peligros de alma y cuerpo.

De la correspondencia de la Santa se deduce que pasó muchos años sin tener noticia cierta y directa de sus hermanos, mientras estuvo de monja en la Encarnación, debiendo esta angustiosa incertidumbre servir de acicate á su fantasía y corazón para trasladarse á estas apartadas

comarcas en busca de los suyos. Y como ya entonces alcanzaba de su Esposo Jesús los más estupendos favores, llegó un día en que le fué concedido el visitar en espíritu á su hermano más querido Lorenzo de Cepeda, domiciliado en la ciudad de Quito, mirándole allí en su propia casa, rodeado de su mujer, hijos y servidumbre. Este hecho sobrenatural, que consta en el proceso de beatificación de Santa Teresa, la pone en relación muy particular y tierna con aquella colonia incipiente, que fué la presidencia de Quito, y hoy es la república del Ecuador.

Las cartas de la seráfica Madre á su hermano predilecto nos revelan á lo vivo sus más íntimos afectos, y entre éstos el anhelo por la conversión de los indios y la evangelización de América. ¿Habría pecho americano con sentimiento religioso que no palpite al leer estas líneas de la grande Santa, á quien al par de española quisiéramos también llamar americana? «Me parece», escribe á su hermano, que ya proyectaba volver á España, «he de tener alivio con tener á vuestra merced acá, que es tan poco el que me dan las cosas de toda tierra, que por ventura quiere nuestro Señor tenga ése, y que nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria, y algún provecho de las almas; que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas pérdidas, y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura.»¹

En ese mismo tiempo que la Santa ardía en celo por la conversión de los indios, Dios le concedió, por favor insigne entre todos, el de presenciar en espíritu el martirio de cuarenta jesuitas, que iban de misioneros al Brasil, y entre los cuales se contaba un pariente cercano suyo; el suceso es de lo más bien comprobado, y consta ya en su Vida, escrita por el Ilmo. Señor Yepes.

¹ Carta del 17 de enero de 1570 á D. Lorenzo de Cepeda.

Corría el mes de julio de 1570, y la Santa se hallaba probablemente en Medina del Campo. Poco antes se habían embarcado en la escuadra portuguesa, en Lisboa, el Padre Ignacio de Azevedo, uno de los religiosos más notables de la Compañía de Jesús, que había desempeñado ya el cargo de provincial en el Brasil, y á quien San Francisco de Borja con un refuerzo de operarios enviaba á evangelizar aquella inmensa región, con el beneplácito y la bendición particular de San Pío V. Entre esos compañeros del celoso Padre, hallábase el Hermano novicio Francisco Pérez Godoy, natural de Torrijos en la diócesis de Toledo, y pariente cercano de la Madre Teresa de Jesús. Muy joven aún, había abandonado las aulas de la Universidad de Salamanca, donde se distinguiera, para ingresar en el noviciado de la Compañía en Medina del Campo, que dirigía el célebre Padre Baltasar Álvarez, confesor de la Madre Teresa. Aprovechóse mucho el joven Godoy de tan acertada dirección, y por consejo de su mismo maestro se alistó bajo las órdenes del Padre Azevedo para ir á propagar la fe católica en el Brasil, habiendo allí de servirle no sólo su ciencia, sino también la habilidad musical y la hermosa voz de que estaba dotado. Discípulo predilecto del Padre Álvarez, no fué menos querido compañero del Padre Azevedo, y no hay duda que la Madre Teresa de Jesús le animaría en su resolución, y agradecería su elección á los superiores¹. Dios empero no quería que pisase las playas del Brasil, sino que por la conversión de este país y de toda la América derramara su sangre junto con sus compañeros.

En efecto, habiéndose detenido la flota en la isla de Madera, el navío *Santiago* con los cuarenta jesuitas se hizo á la vela solo hacia la Gran Canaria. No estaba ya lejos

¹ Lo dice expresamente el P. Antonio Cabral en su «Relación del martirio de los cuarenta mártires de la Compañía de Jesús», traducción española, Madrid, 1744.

del puerto de las Palmas, el día 15 de julio al amanecer, cuando fué acometido por el famoso corsario francés Jacobo Soria, porfiado calvinista, salido de la Rochela como vice-almirante de la reina de Navarra. Después de bizarra resistencia, la nave portuguesa tuvo que rendirse á fuerzas muy superiores. Entonces, sabedor el hugonote, acérrimo enemigo de los católicos, que á bordo iban cuarenta jesuitas, encendiése en fanático furor, y exclamaba rabioso á gritos: «¡Mueran esos forajidos papistas, que van á sembrar su falsa doctrina en el Brasil! ¡Echad al mar á esos perros jesuitas!» Dióse luego principio á tan cruel carnicería, y ora á sablazos ó estocadas, ora con tiros ó golpes de arcabuz, fueron los soldados y marineros calvinistas matando á los Padres y Hermanos jesuitas, quienes con heroico valor caían uno tras otro confesando su fe y animándose mutuamente á morir por Jesucristo. Cayó el primero el santo Padre Ignacio de Azevedo, estrechando en su mano la imagen de María Santísima que le había regalado el Pontífice, y exhortando á sus hijos al martirio. El fervoroso novicio Pérez Godoy entusiasmaba entre tanto á sus compañeros, repitiendo estas palabras que había aprendido de labios de su maestro: «¡Ea, hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de los hijos de Dios!» Llevado sobre la cubierta del buque, á su vez cayó herido mortalmente, y los bárbaros herejes le arrojaron así al agua, junto con los demás.

La Santa, en este momento, contemplaba la sangrienta escena, distinguía á su pariente, y veía que estos cuarenta jesuitas entraban al cielo, muy gloriosos y adornados con las bellísimas coronas y aureolas de mártires de Cristo: todo lo cual comunicó luego al Padre Baltasar Álvarez. Y al mismo tiempo, sin duda, encendiéndose más en el amor divino, comprendió que aquella sangre sería simiente de millones de cristianos católicos en el Brasil y en toda

América, y que su conversión se pagaba en parte con tan admirable martirio ¹.

Á tantos motivos añadióse el de la gratitud, muy poderoso en el pecho de Teresa de Jesús, para acordarse de los indios y rogar por ellos. Sabido es, en efecto, que en el año de 1561, cuando se afanaba por fundar su primer monasterio de carmelitas descalzas en Ávila, luchando, entre otras dificultades, con la falta casi absoluta de recursos, recibió una suma considerable de dinero, que le había enviado desde esa misma ciudad de Quito su hermano Don Lorenzo, ya enriquecido con sus encomiendas de indios. ¡Cuánto consuelo nos da el recordar que la plata, allegada con el sudor y las fatigas de estos míseros indígenas recién conquistados, contribuyó eficazmente á una de las empresas que más habían de extender por el mundo el amor de Dios y de los hombres! Sí, con oro americano, quiteño, se comenzó la reforma de la orden del Carmelo, y se fundó el primer monasterio de la Descalsez carmelitana.

Trece años después, y al cabo de treinta y cuatro de separación, volvieron á reunirse Teresa y Lorenzo, y se dieron el más cariñoso abrazo fraternal en Sevilla, donde estaba oportunamente la santa Fundadora, venciendo mil obstáculos á fin de establecer otro monasterio de descalzas, para el cual de nuevo sirvióle su hermano como el

¹ Estos cuarenta jesuitas fueron venerados como mártires en Roma y otras partes, luego que se supo su muerte. Gregorio XV permitió darles culto (de 1621 á 1623), que luego se interrumpió con motivo de los decretos de Urbano VIII; pero Benedicto XIV, en 1742, volvió á autorizarlo, y por último lo confirmó Pío IX en 1854. Éstos son los *cuarenta beatos mártires del Brasil*, entre los cuales figura el Beato Francisco Pérez Godoy, pariente cercano de Santa Teresa. — «Vida y muerte del Padre Ignacio de Azevedo y compañeros mártires», por el P. Pedro Posino, Roma, 1679. Pueden consultarse las *Vidas de San Francisco de Borja* y del P. Baltasar Álvarez, y las colecciones de Santos de la Compañía, donde se halla la reseña de los beatos mártires.

que más con plata y persona. Entonces fué cuando confió Don Lorenzo de Cepeda á su hermana la educación de su última hija Teresita, niña de nueve años no cumplidos, quiteña de nacimiento, que había de ser la primera carmelita americana. Pronto veremos cómo la Santa se embelesaba en la conversación y aun en la simple presencia de su sobrina, avivándose á su vista las ansias que sentía porque perteneciesen del todo á su Señor y Dios esos mundos que se decían tan extensos y ricos, y que andando el tiempo habían de ser tan poblados y poderosos. Para la celosa Amante de Jesús, ¿no sería anhelo ardiente de su alma el que esas conquistas formasen el nuevo imperio de su Esposo, en compensación de los jirones que arrancaba al antiguo la herejía? ¿No le pediría que en estos países se arraigase la fe, se cultivase la virtud, se honrase á la Iglesia y se diese gloria á Dios? ¿Será temerario creer que las oraciones de Santa Teresa contribuyeron eficazmente á que América pagara las primicias del martirio con la sangre de Felipe de Jesús, y viera brotar en su suelo las dos bellísimas y fragantes flores que aromatizan con su perfume todo el orbe católico, la Rosa de Lima y la Azucena de Quito?

Aproximándose ya al ocaso de la vida, no obstante el peso de los años, los achaques y los trabajos de todo género, aquel corazón siempre juvenil y virgen no cesó un solo instante de clamar al Cielo é inmolarsé por la salvación de las almas. Estos ardores finales de su celo podemos vislumbrar en sus últimas cartas, así como en el postero y más precioso de sus libros, el del *Castillo Interior*, ó las *Moradas*. «¡Oh gran deleite», exclama, «padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan contino tantas ofensas hechas á su Majestad, é ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo (si no fuera más de hombre) un día de aquella pena bastaba para

acabar muchas vidas, cuanto más una.»¹ Luego, hablando del alma unida ya á su Dios, dice que «querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella...»; y «se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más á Dios; y si es mujer, se aflige del atamamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia á los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías. ¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habed lástima, mi Dios; ordenad ya de manera, que ella pueda cumplir en algo sus deseos, para vuestra honra y gloria... Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben á Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más, á su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad, que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir»².

Por estas y otras encendidas frases compréndese qué fuego iba acabando de consumir aquel corazón ya del todo puro y generoso, en su anhelo de que Dios fuese conocido y amado, y se salvaran tantas almas como estaban sumidas en la noche del error y el fango del pecado, entre ellas las de esos indios que no poco le costaban. Volvía sus cansados ojos la anciana y venerable Madre hacia esas Indias que medio siglo habían ocupado su pensamiento, y allí encontraba aún al menor de sus hermanos, Agustín, el más belicoso y ambicioso, metido en las cosas del mundo con peligro de su salud eterna, y á Lorenzo, su joven

¹ «Moradas quintas», c. 2.

² «Moradas sextas», c. 4 y 6.

sobrino, que había vuelto á encargarse de la hacienda de su padre, y debía conservar en América el nombre y la sangre de los Cepedas.

En consecuencia de todo lo dicho, podemos afirmar que varios motivos, ora de orden sobrenatural, ora de carácter puramente natural, mantuvieron siempre fresco el recuerdo de los países americanos en el corazón de Santa Teresa y lo inclinaron amorosamente hacia ellos, para que durante su vida los auxiliase con sus oraciones, y después de ella con su poderosa intercesión en el cielo, verificándose así lo que ella misma, al exhortar á sus monjas á que tuviesen «vivos deseos de las almas», ofrece, que «aun por ventura querrá el Señor que en vida ó en muerte les aprovechen»¹.

Todo lo cual esperamos que se haga más claro é interesante, para el benévolo lector que se digne acompañarnos en los capítulos siguientes.

¹ «Conceptos del amor de Dios», c. 2.

Facsimile de la firma de Santa Teresa, en la última carta que remitió á América, el 15 de diciembre de 1581, para su sobrino Lorenzo de Cepeda, y que hoy se venera en Quito.